

EL HOMBRE DE TROYA

EL HOMBRE DE TROYA

Autobiografía

de

HEINRICH SCHLIEMANN

Compuesta por

Adolf Brückner y Sophia Schliemann



INTERfolio

NOTA DEL EDITOR

Heinrich Schliemann vivió entre 1822 y 1890 y le dio tiempo a montar un imperio empresarial y a convertirse en el primer arqueólogo conocido de la historia.

Su esposa, fiel compañera en multitud de excavaciones, y a petición del editor Brockhaus de Leipzig, publicó esta Autobiografía en 1892. Fue compuesta sobre textos y notas del propio Schliemann con ayuda de su amigo Adolf Brückner y se apoya, sin duda, en la tenacidad, disciplina y voluntad férreas de Schliemann.

Nos hemos tomado la libertad de variar el título, pues «Autobiografía» no hace justicia al hombre que, por amor a Homero, encontró Troya contra todo pronóstico de su existencia fuera de la invención poética.

INFANCIA Y CARRERA COMERCIAL

(1822-1866)

Si inicio este libro –así comienza Heinrich Schliemann su libro *Ilios*– con un relato de mi propia vida, no es por vanidad, sino más bien por el deseo de hacer comprender que todo el trabajo de mi vida posterior está condicionado por las impresiones de mi primera infancia, pues aquel es la consecuencia necesaria de estas. Se podría decir que el pico y la pala usados en las excavaciones de Troya y de las tumbas reales de Micenas fueron forjados y aguzados en la pequeña aldea alemana en que pasé ocho años de mi primera juventud. Por eso no me parece superfluo referir cómo me fui haciendo poco a poco con los medios necesarios para realizar en el otoño de la vida los grandes planes que había trazado cuando no era más que un pobre muchacho.

Nací el 6 de enero de 1822 en la pequeña ciudad de Neubukow, en Mecklenburg-Schwerin, donde mi padre, Ernst Schliemann, era predicador protestante, y desde donde fue trasladado con el mismo cargo a la parroquia de Ankershagen, aldea situada en el mismo arzobispado, entre Waren y Penzlin. En esta aldea pasé los ocho años siguientes de mi vida, y mi inclinación natural hacia todo lo misterioso y extraordinario se convirtió en verdadero apasionamiento por las maravillas que encierra aquel lugar.

Por el jardín de nuestra casa solía «merodear» el espíritu de un antepasado paterno, el pastor de Russdorf, y a la parte trasera del jardín, inmediatamente junto a él, había un pequeño estanque, llamado «Silberschälchen», la tacita de plata, pues a la medianoche salía de él una joven fantasmal con una taza de plata. La aldea tenía además una pequeña colina coronada por un monumento funerario, probablemente una tumba de la época pagana, que nosotros llamábamos la Tumba del Huno, en la que, según la leyenda, un bandido antañón había enterrado a su hijo predilecto en una cuna de oro. También debían de existir inmensos tesoros enterrados junto a las ruinas de un antiguo torreón en el jardín de una propiedad; mi fe en la existencia de todos estos tesoros era tan firme que, siempre que oía a mi padre lamentarse de sus dificulta-

des económicas, me preguntaba admirado por qué no desenterraba la taza de plata o la cuna de oro y se hacía rico de una vez. También había un viejo castillo medieval en Anfershagen, con pasillos secretos en sus muros de seis pies y con un pasadizo subterráneo, que debía de tener su buena milla alemana de largo y debía de llegar, por debajo del lago profundo, hasta Speck; se decía que estaba poblado de fantasmas, y toda la gente de la aldea hablaba con voz temblorosa de estos horrores.

Según una vieja leyenda, el castillo había pertenecido en otros tiempos a un bandolero noble, Henning von Holstein, al cual llamaba la gente del pueblo «Henning Bradenkirl», muy temido en toda la región que él solía saquear cuando podía. Por eso le desazonaba no poco que el duque de Mecklenburg proveyera a muchos comerciantes, que se veían obligados a pasar por delante de su castillo, de un salvoconducto que les protegía de sus violencias. Para poder vengarse del duque, le invitó con hipócrita humildad a alojarse en su castillo. El duque aceptó la invitación y el día señalado se puso en camino con un séquito numeroso. El vaquero del noble, que tenía noticia de la intención de su amo de asesinar a su huésped, se ocultó entre unas matas del camino, esperó al duque tras ellas, en una colina situada a un cuarto de milla de nuestra casa, y le comunicó el plan criminal de Henning. El duque dio media vuelta

al instante. Por este sucedido, la colina se llamó desde entonces «Colina de la Espera».

Cuando el noble descubrió que el vaquero había desbaratado sus planes le hizo asar vivo, a fuego lento, en una gran sartén de hierro, y cuando el desdichado se movía en medio de las ansias de la muerte, dice la leyenda que el noble le dio una última patada cruel con el pie izquierdo. Poco después llegó el duque con un regimiento de soldados, sitió y asaltó el castillo, y cuando el caballero Henning vio que no tenía salvación, guardó en un gran cofre todos sus tesoros y lo enterró en su jardín, junto al torreón redondo, cuyas ruinas pueden verse todavía hoy. Luego se dio muerte. Una fila de losas señalaba en nuestro cementerio la tumba del malhechor, de la cual, durante siglos, salía una y otra vez su pierna izquierda, calzada con una media de seda negra. Tanto el sacristán Prange como el sepulturero Wöllert juraban y perjuran que ya de muchachos habían cortado la pierna y con sus huesos habían hecho caer peras de los árboles; mas a principios de este siglo la pierna había dejado de crecer. Naturalmente, yo también creía esto con toda mi ingenuidad infantil, y muchas veces rogué a mi padre que abriera la tumba o me permitiera hacerlo a mí, para poder ver la causa de que no hubiera vuelto a salir la pierna.

También causaba gran impresión en mi espíritu sensible un relieve en barro cocido, existente en un muro

trasero del castillo, que representaba a un hombre, y que, según la creencia popular, era un retrato de Henning Bradenkirl. Ningún color agarraba en el mismo, y por eso se decía entonces que estaba cubierto con la sangre del vaquero, que no se podía borrar ni cubrir. Una chimenea tapiada en el salón era señalada como el lugar donde había sido tostado en la sartén el vaquero. A pesar de todos los esfuerzos hechos para tapar las grietas que había entre la chimenea y el tabique que la cubría, estas seguían siendo visibles, y la gente veía en esto un signo del Cielo para que la satánica acción no cayera en el olvido. También di crédito entonces a otra historia, según la cual el señor von Gundlach, el amo de la cercana hacienda Rumshagen, había excavado una colina junto a la iglesia del pueblo y había encontrado allí grandes cubas de madera que contenían una cerveza muy fuerte del tiempo de los romanos.

Aunque mi padre no era filólogo ni arqueólogo, sentía un interés apasionado por la historia de la Antigüedad; con frecuencia me relataba con cálido acento el fin trágico de Pompeya y Herculano, y parecía tener por hombres muy afortunados a aquellos que tenían tiempo y medios suficientes para visitar las excavaciones que allí se realizaban. También me narraba a menudo y con gran admiración las hazañas de los héroes homéricos y los sucesos de la guerra de Troya, encon-

trando siempre en mí un celoso defensor de las cosas de la heroica ciudad. Con aflicción supe por él que Troya había quedado tan destruida que había desaparecido de la faz de la Tierra, sin dejar rastro.

Mas cuando en la Navidad de 1829, teniendo yo casi ocho años, me regaló el libro del doctor Georg Ludwig Jerrer *Historia Universal para los niños*, había en él una ilustración de la ciudad de Troya ardiendo, con sus muros enormes y las puertas Esceas con el fugitivo Eneas llevando a cuestas a su padre Anquises y conduciendo de la mano al pequeño Ascanio, y al verla grité lleno de alegría: «¡Padre, debes de estar equivocado! Jerrer debe de haber visto Troya; de lo contrario, no hubiera podido dibujarla aquí.» «Hijo mío —me replicó—, ese es un dibujo imaginario.» A mi pregunta sobre si la antigua Troya tuvo realmente unas murallas tan poderosas como las que aparecían en el dibujo, contestó afirmativamente. Entonces le dije: «Padre, si alguna vez existieron aquellos muros, no pudieron ser destruidos del todo, sino que estarán enterrados bajo el polvo y los escombros de tantos siglos.» El sostenía lo contrario, mas yo me aferraba a mi idea; hasta que al fin llegamos a ponernos de acuerdo en que yo excavaría las ruinas de Troya algún día.

De lo que está lleno el corazón, sean alegrías o tristezas, habla la boca, y sobre todo la boca de un niño; así fue

que pronto no supe hablar a mis camaradas de otra cosa que de Troya y de las cosas maravillosas y misteriosas que tanto abundaban en nuestra aldea. Todos se reían de mí y de dos muchachitas, Luise y Minna Meincke, hijas de un arrendatario de una finca de Zahren, aldea situada a un cuarto de milla de Ankershagen; la primera tenía seis años; la segunda era de mi edad. Estas, por el contrario, escuchaban con gran atención mis relatos prodigiosos. Minna era la que más comprensión mostraba hacia mí y la que más dispuesta estaba a creer en mis planes para el futuro. Así se engendró una cálida simpatía entre nosotros, y con simplicidad infantil pronto nos prometimos eterno amor y fidelidad. En el invierno de 1829 a 1830 coincidimos en unas lecciones de danza, que recibíamos alternativamente en casa de mi pequeña prometida, en nuestra casa parroquial o en el antiguo castillo de los fantasmas, que entonces estaba habitado por el arrendatario Heldt, y en el cual contemplábamos una y otra vez, con vivísimo interés, el retrato sanguinolento de Henning, las misteriosas junturas de la tétrica chimenea, los pasadizos secretos de los muros y la entrada del corredor subterráneo. Cuando la lección de danza tenía lugar en nuestra casa, nos acercábamos al cementerio de la iglesia, que se extendía ante nuestra puerta, para ver si había vuelto a crecer el pie de Henning, o admirábamos con asombro y respeto los viejos libros parroquiales, que fueron escritos de puño y letra de Johann Christian

y Gottfriederich Heinrich von Schröder (padre e hijo), que habían sido utilizados desde 1707 a 1799 por los antecesores en el cargo de mi padre; las partidas de bautismo, casamiento y defunción tenían para nosotros un encanto singular. A veces, también, visitábamos a la hija del pastor von Schröder, el joven, que entonces tenía ochenta y cuatro años y vivía junto a nosotros, para preguntarle cosas del pasado del pueblo o para ver los retratos de sus antepasados, atrayéndonos más que ningún otro el de su madre, Olgartha Christine von Schröder, fallecida en el año 1795, ya porque nos pareciera una obra maestra de la pintura o, también, porque tenía algún parecido con Minna.

De cuando en cuando íbamos a visitar al sastre del pueblo, Wöllert, que era tuerto y no tenía más que una pierna, por lo que todos le llamaban «Peter Hüppert». No tenía formación alguna, pero poseía una memoria extraordinaria: era capaz de repetir palabra por palabra un sermón que oyera a mi padre. Este hombre, que si hubiera tenido abierto el camino de la escuela y de la Universidad, hubiera llegado a ser sin duda un sabio relevante, estaba repleto de chistes y excitaba en alto grado nuestro deseo de saber, con su inagotable caudal de anécdotas, que él sabía relatar con admirable destreza oratoria. Transcribiré aquí una de ellas:

En cierta ocasión, nos dijo que siempre había deseado saber adónde van las cigüeñas a invernar, por lo que, en vida del antecesor de mi padre, el pastor von Russdorf, ató un trozo de pergamino a la pata de una de las cigüeñas que solían hacer su nido en nuestro granero, habiendo escrito en él que, él, el sacristán y Wöllert, el sastre de la aldea de Ankershagen, en Mecklenburg-Schwerin, rogaban amistosamente al dueño de la casa en la que la cigüeña tuviera su nido durante el invierno, que les comunicara el nombre de su país. Cuando en la primavera siguiente volvió a coger a la cigüeña, en otro trozo de pergamino atado a la pata del ave encontró este verso, redactado en un alemán pésimo:

«Schwerin-Mecklenburg nos es desconocido. El país donde la cigüeña se encuentra se llama Sankt-Johannes-Lan».

Naturalmente, nosotros nos creíamos todo esto y hubiéramos dado con gusto unos pocos años de nuestra vida solo por saber dónde se encontraba el misterioso Sankt-Johannes-Land. Aunque esta y otras anécdotas semejantes no podían enriquecer precisamente nuestros conocimientos de geografía, excitaban al menos nuestro deseo de aprenderla y avivaba más aún nuestra pasión por lo misterioso.

Ni Minna ni yo sacábamos provecho alguno de las lecciones de danza; no aprendíamos nada, ya fuera porque nos faltaba toda disposición natural para este arte o ya porque estábamos demasiado embebecidos en nuestros importantísimos estudios de arqueología y planes futuros.

Habíamos acordado formalmente que, tan pronto como fuéramos mayores y estuviéramos casados, nos dedicaríamos de inmediato a investigar todos los misterios de Ankershagen, la cuna de oro, la taza de plata, el enorme tesoro de Henning y su tumba y, por último, a excavar la ciudad de Troya. Nada nos parecía más hermoso que emplear toda nuestra vida en la busca de las reliquias del pasado.

¡Doy gracias a Dios porque no me ha abandonado nunca mi firme creencia en la existencia de Troya durante las mutaciones de mi existencia azarosa! Pero hasta el otoño de mi vida, y sin la compañía de Minna—lejos, muy lejos de ella—, no pude realizar nuestro sueño de hacía medio siglo.

Mi padre no sabía griego, pero era muy versado en latín y aprovechaba todos los momentos libres para enseñármelo. Cuando tenía nueve años, murió mi querida madre; fue una pérdida irreparable y la mayor

desgracia que pudo sobrevenirnos a mis seis hermanos y a mí.

La muerte de mi madre coincidió con otra gran desdicha, a consecuencia de la cual todos nuestros conocidos nos volvieron la espalda de repente y cesaron en su trato con nosotros. Poco se me daba a mí de todo esto; pero el no poder visitar a la familia Meincke, lo que me separaba enteramente de Minna, no poder volver a verla era para mí mil veces más doloroso que la muerte de mi madre, a quien olvidé pronto a causa de la pena abrumadora que me causaba la pérdida de Minna. Bañado en lágrimas permanecía a diario horas enteras, sólo, ante el retrato de Olgartha von Schröder y pensaba lleno de tristeza en los días felices que había vivido en la compañía de Minna. Todo el futuro me parecía incierto y tenebroso, ya no tenían encanto para mí los misterios prodigiosos de Ankershagen, ni la misma Troya.

Mi padre, a quien no se le había escapado mi profundo abatimiento, me envió durante dos años a casa de su hermano, el predicador Friedrich Schliemann, que regía la parroquia de la aldea de Kalkhorst, en Mecklenburg. Allí tuve la satisfacción de ser discípulo, durante un año, del candidato Carl Andress, de Neustrelitz; bajo la dirección de este excelente filólogo hice progresos tan grandes, que en las Navidades de 1832 pude enviar como regalo a mi padre un trabajo

en latín, no muy correcto en verdad, sobre los acontecimientos principales de la guerra de Troya y las aventuras de Ulises y Agamenón. A la edad de once años ingresé en el Gymnasium de Neustrelitz, donde comencé el tercer curso. Mas en aquel tiempo precisamente acaeció una desdicha muy grave en mi familia, y como temía que mi padre no pudiera costearme los estudios del Gymnasium durante tantos años y luego los de la Universidad, dejé aquel al cabo de tres meses para ingresar en la Escuela Real de la ciudad, donde fui admitido en la clase segunda. Pasé a la primera en la Pascua de 1835 y dejé el establecimiento en la primavera de 1836, a la edad de catorce años, para ingresar como aprendiz en el pequeño almacén de Ernst Ludwig Holtz, en la ciudad de Fürstenberg, en Mecklenburg-Strelitz.

Unos días antes de mi partida de Neustrelitz, el Viernes Santo de 1836, me encontré casualmente, en casa del músico de cámara C. E. Laue, con Minna Meincke, a la que hacía más de cinco años que no veía. Nunca olvidaré este último encuentro con ella. Tenía entonces catorce años y había crecido mucho desde la última vez que la vi. Vestía sencillamente de negro, y esta sencillez en el vestir parecía realzar más su belleza fascinante. Cuando nos vimos, comenzamos a llorar y caímos uno en brazos del otro, siendo incapaces ambos de pronunciar una palabra. Muchas veces intentamos decir algo,

pero nuestra emoción era demasiado grande; no nos dijimos nada. Pronto entraron en la sala los padres de Minna y tuvimos que separarnos; necesité un buen espacio de tiempo para recobrar me de mi excitación. Ahora estaba seguro de que Minna seguía amándome, y este pensamiento alentó mi ambición: desde aquel instante sentí una energía inmensa y la firme confianza de que, con infatigable tesón, prosperaría en la vida y llegaría a ser digno de Minna. Lo único que entonces pedía a Dios era que Minna no se casara antes que yo hubiera alcanzado una posición independiente.

Cinco años y medio trabajé en aquel almacén de Fürstenberg: el primer año, con Herrn Holtz, y el resto, con su sucesor, el excelente Herrn Teodoro Hückstädt. Mi trabajo consistía en vender al por menor arenques, manteca, aguardiente de patata, leche, sal, café, azúcar, aceite, velas de sebo, etc., moler las patatas para la destilación, barrer el almacén y otras cosas semejantes. Nuestro negocio era tan insignificante que las ventas totales apenas si llegaban anualmente a tres mil táleros; si en algún momento del día hacíamos una venta de diez a quince táleros, lo considerábamos una gran suerte. Es comprensible que yo me relacionara allí con las clases más humildes de la sociedad. Estaba ocupado desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche y no me quedaba tiempo para estudiar. Además, olvidé lo poco

que había aprendido en mi infancia, mas no mi afición a la ciencia —nunca la perdí—, y mientras viva no olvidaré aquella noche en que llegó borracho a nuestro almacén un molinero, Hermann Niederhöffer. Era hijo de un predicador protestante de Röbel (Mecklenburg) y casi había terminado sus estudios en el Gymnasium de Neuruppin, cuando, por su mala conducta, fue expulsado de la institución. Su padre le entregó al molinero Dettmann, en Güstrow, como aprendiz; allí permaneció dos años y luego anduvo de un lado para otro como oficial molinero. Descontento con su suerte, se dio a la bebida, pero sin olvidarse, no obstante, de su Homero, pues la noche mencionada nos recitó no menos de cien versos de este poeta, midiéndolos con toda pasión. Aunque no entendí ni una palabra de todo aquello, su melodioso ritmo me causó una gran impresión y unas lágrimas cálidas se deslizaron por mi cara aflagada. Tres veces repitió para mí los versos divinos y yo le pagué por ellos tres vasos de aguardiente, en los que empleé gustosamente los pocos pfenings que constituían mi caudal. Desde aquel instante no cesaba de pedir a Dios que, en su gracia, me deparara la dicha de poder aprender griego algún día.

Sin embargo, no veía salida alguna por la que poder escapar de aquella triste y humilde posición, hasta que de repente, como por milagro, me vi libre de ella. Al levantar una cuba demasiado pesada, me produjo una

lesión en los pulmones, tuve vómitos de sangre y desde entonces quedé imposibilitado para aquel trabajo. Desesperado, me fui a Hamburg, donde conseguí una colocación con un sueldo anual de ciento ochenta marcos. Pero como a causa de mis vómitos de sangre y de los fuertes dolores de pecho no podía hacer ningún trabajo pesado, mi jefe me consideró pronto inútil, y así perdí aquel empleo. Lo mismo me sucedió con otros, siendo despedido en todas partes antes de los ocho días. Comprendí que ya no podía aspirar a una colocación semejante y, obligado por la necesidad de ganarme el pan de cada día, aunque fuera en la ocupación más baja, intenté conseguir un puesto a bordo de un barco; por recomendación del bondadoso agente comercial marítimo I. F. Wendt, que se había criado con mi difunta madre, conseguí enrolarme como grumete en el pequeño bergantín *Dorothea*; el barco hacía la ruta de La Guaira, en Venezuela.

Siempre fui pobre, pero nunca tan carente de medios como en aquella ocasión: ¡tuve que vender mi única levita para poder comprar una manta de lana! El 28 de noviembre de 1841 salimos de Hamburg con buen viento; pero horas más tarde cambió y tuvimos que permanecer tres largos días en el Elba, no lejos de Blankenese. El día 1 de diciembre volvimos a tener viento favorable; pasamos por Cuxhaven y salimos

a mar abierta. Apenas habíamos llegado a la altura de Helgoland, cuando el viento saltó otra vez al oeste, y así permaneció hasta el 12 de diciembre. Bordeábamos incesantemente, pero apenas avanzábamos, hasta que en la noche del 11 al 12 de diciembre, en medio de una horrorosa tempestad, a la altura de la isla Texel, en el banco que lleva el nombre de Eilanssche Grond, naufragamos. Tras incontables peligros, y después de pasar nueve horas en una lancha descubierta, zarandeados por el viento y las olas, los nueve componentes de la tripulación nos pusimos a salvo. Con incesantes gracias a Dios recordaré siempre el momento gozoso en que nuestro bote fue lanzado contra un banco de arena, no lejos de la costa de Texel, desapareciendo al fin todo peligro. Yo no sabía qué costa era aquella a la que habíamos sido arrojados, pero menos mal que al fin nos encontrábamos en un «país extranjero». Me parecía que una voz me susurraba desde el banco de arena, diciéndome que la marea había comenzado a intervenir en mis sucesos terrenales y que debía aprovechar su corriente. Y aquel mismo día se confirmó para mí este alegre pensamiento, pues mientras el capitán y mis compañeros perdieron todas sus pertenencias en el naufragio, mi cofrecillo, que guardaba unas camisas y unas medias, así como mi libro de memorias y algunas cartas de presentación que Herrn Wendt me había dado para cuando llegara a La Guaira, apareció flotando en las aguas y lo recuperamos.

Fuimos recibidos en Texel de manera muy amistosa por los cónsules Sonderdorp y Ram; pero cuando me propusieron devolverme con toda la tripulación a Hamburg, me negué decididamente a volver a Alemania, donde había sido tan indeciblemente desdichado, y les dije que era mi intención quedarme en Holanda e ir a Ámsterdam para sentar plaza de soldado, pues me hallaba ya enteramente empobrecido y no veía por el momento ninguna otra posibilidad de ganarme el sustento. Accediendo a mis ruegos insistentes, los cónsules me dieron dos gúldenes para mi traslado a Ámsterdam. Como el viento había cambiado y soplabla del sur, el barquito en que me acomodaron hubo de detenerse un día en la ciudad de Enkhuizen, y necesitamos no menos de tres días para llegar a la capital. Durante la travesía tuve muchos sinsabores a causa de mi ropa defectuosa e insuficiente, y en Ámsterdam tampoco quiso sonreírme la fortuna al principio. Había comenzado el invierno, no tenía levita y pasé mucho frío. Mi intención de alistarme en el Ejército no podía realizarse con la rapidez que yo había pensado, y los pocos gúldenes que había logrado reunir pidiendo limosna en Texel y Enkhuizen, junto con los dos que el cónsul mecklenburgués en Ámsterdam, Herrn Queck, me había dado, se consumieron en la hospedería de Frau Graalman, en el Ramskoy de Ámsterdam, donde había establecido mis cuarteles. Cuando se acabaron los dineros, fingí estar

enfermo y me llevaron al hospital. De aquel horrendo lugar me sacó el ya citado agente comercial marítimo I. F. Wendt, de Hamburg, a quien había escrito dándole cuenta de nuestro naufragio y de mi intención de probar fortuna en *Ámsterdam*. Una coincidencia feliz hizo que recibiera mi carta estando reunido en un banquete con unos cuantos amigos suyos. El relato de la nueva desgracia movió a compasión a los comensales, y en una cuestación iniciada por mi protector se recaudaron doscientos cuarenta gúldenes, los cuales me envió por medio del cónsul Quack. En seguida me recomendó también al cónsul general prusiano, Herr W. Hepner, en *Ámsterdam*, el cual me procuró pronto un empleo en las oficinas de F. C. Quien.

Mi nueva ocupación consistía en presentar y cobrar letras de cambio en la ciudad, llevar las cartas al correo y recoger allí las que hubiera para nosotros. Esta ocupación mecánica era muy conveniente para mí, pues me dejaba mucho tiempo para pensar en mi formación, tan descuidada.

Lo primero que me propuse fue conseguir una ortografía legible y, en veinte lecciones que tomé en casa del famoso calígrafo bruselense Magnée, lo logré a satisfacción; después, para mejorar en mi empleo, comencé a estudiar idiomas modernos. Mi sueldo anual ascendía

a ochocientos francos, de los cuales reservaba cuatrocientos para costearme mis estudios; con la otra mitad atendía a mi sustento, y en verdad que de manera muy precaria. Mi vivienda, por la que pagaba ocho francos al mes, era un miserable camaranchón abuhardillado, en el que en invierno tiritaba de frío y en verano me asfixiaba de calor. Mi desayuno consistía en pan de centeno, el almuerzo no me costaba más de dieciséis pfenings. Mas nada espolea tanto el estudio como la indigencia y la perspectiva cierta de poder librarse de ella mediante un trabajo esforzado. También despertaba y desarrollaba en mí un invencible ánimo el deseo de hacerme digno de Minna. Así, pues, me entregué con singular aplicación al estudio del inglés, y la necesidad me ayudó a encontrar un método que facilitaba notablemente el aprendizaje de cualquier idioma. Este sencillo método consistía, primero, en leer mucho en voz alta, hacer pequeñas traducciones, tomar lección a diario, hacer redacciones sobre temas interesantes, corregirlas con el profesor, aprender de memoria y recitar al día siguiente lo que se había corregido el día anterior. Mi memoria, por no haberla ejercitado desde la niñez, era débil, pero aprovechaba todo instante y hasta robaba tiempo para estudiar. Para hacerme pronto, en lo posible, con una buena pronunciación, asistía los domingos dos veces al servicio divino en las iglesias inglesas, y, al terminar el sermón, recitaba para mí las frases oídas. En todas mis